

Diócesis de Barbastro-Monzón

«Pueblo de Dios en salida»



La vela, en el candelero

***«Brille así vuestra luz delante
de los hombres» (Mt 5, 13-16)***

4

**Cuarta Semana de Cuaresma
2021**

Comenzamos rezando

En los primeros párrafos del “sermón del monte”, Jesús dijo algo que a nosotros, que sólo utilizamos la luz eléctrica, nos puede sonar raro, pero para los primeros destinatarios era evidente: la vela hay que ponerla en un candelero, si ha de alumbrar. Ellos, al llegar la noche, encendían candiles de aceite y velas de sebo; si las ponían en alto, iluminaban toda la estancia, pero si las dejaban en el suelo, la luz era mortecina, y a nadie se le ocurría la estupidez de poner un cajón o un celemin de medir grano sobre la lámpara, porque entonces se apagaba.

«No se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemin –les dijo–, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa». Antes les había dicho otra “verdad de Perogrullo”: *«No puede estar oculta una ciudad situada en la cima de un monte».* Con ambas imágenes, quería meter en sus cabezas una novedad que nadie les había dicho: que ellos eran “luz del mundo” y, por lo tanto, debían procurar que esa luz brillase *«delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos»* (Mt 5, 14-16).

Cuando dijo esto, Jesús también pensaba en los cristianos de la era digital. Hemos de actuar de forma positiva para el bien de la tierra y de quienes la habitamos, de modo que nuestras buenas obras sean notorias y quienes las vean den gloria a Dios y se animen a hacer el bien a todos. A esto le llama-

mos *presencia de la Iglesia en la vida pública* y fue el cuarto itinerario del Congreso de Laicos. «Ser creyente no sólo exige preguntarnos quién soy yo, sino, sobre todo, para quién soy yo. (...) La presencia en la vida pública adquiere gran importancia en la vivencia de la vocación laical».

Pidamos, en esta semana, al Espíritu Santo el don de la fortaleza, que nos impulse a ser luz y sal para esta tierra que habitamos:

Nos pusiste, Señor, en esta tierra
como luz, como hoguera abrasada,
a nosotros que apenas mantenemos
encendida la fe en nuestras almas.

Nos dejaste, Señor, como testigos,
como anuncio brillante entre las gentes,
a nosotros, tus amigos vacilantes.

No te oirán, si nosotros nos callamos,
si tus hijos te apartan de sus labios.
No verán el fulgor de tu presencia,
si tus fieles te ocultan con sus obras.

¡Ay de aquel que no grita tu Evangelio,
el que calla detrás de sus temores,
los que buscan tan solo los negocios
olvidando dar vida a tu mensaje!

Fortalece, Señor, nuestra flaqueza.
Que tus siervos anuncien tu palabra.
Que resuene tu voz en nuestra boca.
Que tu luz resplandezca en nuestras vidas.

La fe no es un asunto privado

En la primera semana se nos dijo que diéramos gratis los dones que hemos recibido. ¿Qué hemos recibido sin haberlo merecido? Por de pronto, encontrarnos con un hombre del que se dijo con verdad que *«pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él»* (Hch 10, 38). Y esa capacidad para pasar por el mundo haciendo el bien sin pedir a cambio ninguna paga, ni siquiera la del reconocimiento por los servicios prestados: *«Curad a los enfermos —dijo Jesús al enviar a sus discípulos—, resucitad a los muertos, limpiad de su enfermedad a los leprosos, expulsad a los demonios. Pero hacedlo todo gratuitamente, puesto que gratis recibisteis el poder»* (Mt 10, 8).

Éste es el camino que Jesús trazó para su Iglesia: anunciar con hechos y con palabras que el reinado de Dios está llegando. Por eso, la Iglesia no puede renunciar a estar presente y activa en los múltiples ámbitos de la vida pública. Lo cual le gana no pocas antipatías.

Desde hace dos siglos se forjó, en nuestra vieja Europa, la opinión de que la religión es un asunto privado y que su lugar está en lo íntimo de cada persona. De ahí que, para muchos, rezar en voz alta o manifestar en público sus creencias —no digamos actuar públicamente de acuerdo con ellas— haya llegado a ser algo que es mejor evitar para no ser tachados de “beatos”. Así, la fe queda relegada a lo íntimo de uno mismo, al templo o al grupo en el que

todos somos creyentes. Con ello, muchos cristianos se han apuntado a un cómodo espiritualismo, que se conforma con rezar, pero no los implica en la construcción de un mundo más justo, y así no incomodan a nadie.

Aunque casa mal con nuestra conciencia democrática, persiste la tendencia a mirar bajo sospecha a los cristianos cuando, en virtud de sus convicciones, intervienen en la defensa de la vida humana, de la familia, de una sexualidad humanizadora, de una economía que supere el descarte de los marginados y el maltrato de la tierra, por citar algunos ejemplos. Esta presencia de la Iglesia en la arena pública ha chocado y seguirá chocando con las pretensiones de quienes quieren poner el ser humano al servicio de sus intereses totalitarios. Pero es una presencia irrenunciable, porque se nos ha dicho: vosotros sois como la sal, vosotros sois la luz; no se puede ocultar una ciudad situada en lo alto de un monte...

El malentendido entre lo “público” y lo “privado”

Existe un malentendido cuando se habla de lo “público” y lo “privado”. Se dice sanidad, educación, asistencia social... “pública”, contraponiéndolas a las mismas iniciativas llamadas “privadas”. El malentendido está en que se otorga a *lo público* una legitimidad y preeminencia que tácitamente se niega a *lo privado*. Además, se acostumbra a identificar lo público con lo “político”, de manera que no pocos

piensan que para actuar en el ámbito público hay que estar más o menos vinculados a alguna tendencia política.

Para no desvirtuar la presencia de la Iglesia y de otras iniciativas en el ámbito de la vida social, es preciso desactivar este malentendido, porque la vida social es pública por su propia naturaleza y está tejida por una red de iniciativas mucho más amplia que la de los órganos del Estado. Sería injusto ignorar o conceder menos legitimidad a la aportación de la enseñanza no estatal en la educación de los ciudadanos, o de las instituciones asistenciales y de promoción social no estatales para la salud del cuerpo social, o el influjo de las ONGs (organizaciones no gubernamentales) y de muchas otras iniciativas surgidas en el seno de la sociedad, en el conjunto de la vida de una comunidad moderna.

Lo público es como *un tejido* en el que se funde lo personal con lo familiar, con lo laboral, con la economía y también con la política; es como un *marco* o un *escenario* en el que se desenvuelve la existencia de las comunidades de seres humanos. Lo público está relacionado con *lo social* y con todas las iniciativas que operan de hecho en la sociedad, con *lo cultural* y con todas las corrientes de opinión, criterios de comportamiento y visiones antropológicas que circulan por el conjunto de la comunidad, y con *lo político*, como soporte y garantía de estabilidad y paz social para la comunidad.

Mientras que lo “privado” se refiere a la *intimidad* y a la *conciencia* de cada persona, teniendo en

cuenta que no pocas decisiones nacidas en la intimidad de la conciencia tienden a promover iniciativas que luego se realizan en el escenario de lo público. Es lo que ocurre con la fe cristiana, que, como seguimiento de Jesucristo, nace en el ámbito de la intimidad personal, pero conduce inevitablemente a intervenir en la vida pública.

Así lo entendía el papa Pablo VI, cuando señalaba como campo propio para la actuación evangelizadora de los laicos «el dilatado y complejo mundo de la política, de la realidad social, de la economía; así como también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los órganos de comunicación social; y también de otras realidades, particularmente abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y de los adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento» (*Evangelii nuntiandi*, 70).

Una presencia pública de la Iglesia significativa

Convertir su vitalidad íntima en presencia pública es connatural a la Iglesia. ¿Cómo hacerlo en la práctica? El encuentro más inmediato y natural de lo cristiano con el mundo se realiza a través de las tareas cotidianas de la vida: el trabajo profesional, la vida familiar, los estilos de consumir, el tiempo destinado al ocio, las relaciones de vecindad, la cultura de la solidaridad..., cuando son vividas de acuerdo con los valores que propone Jesús en su Evangelio.

Se trata de una presencia *difusa*, pero sin duda alguna significativa. Esta era la presencia de los cristianos en el mundo pagano, tal como la describe la Carta a Diogneto (*«Los cristianos no se distinguen de los demás hombres (...) pero dan muestras de un tenor de peculiar conducta admirable y, por confesión de todos, sorprendente»*) y que Pablo VI propuso como punto de partida de la evangelización, por su carácter testimonial.

Es una presencia difícil de medir y cuantificar. Existe y debería ser más intensa, tanto que llegase a ser socialmente significativa. Así la describía un cristiano laico como propuesta para nuestras comunidades:

«Hay muchísimos trabajadores y trabajadoras cristianos que prosiguen la obra creadora de Dios. Hay bastantes que combaten el pecado estructural desde organizaciones de trabajadores. Hay cantidad de profesores cristianos que se entregan en la educación de niños y jóvenes. Y de sanitarios que viven cada día en el reto de no funcionalizar o mercantilizar el trabajo que realizan con una materia prima excepcional: las personas humanas. Hay una inmensa cantidad de padres y madres que no tienen tiempo de vivir para sí, porque se han tomado a pecho la paternidad responsable y, después de trabajar, se dan hasta la extenuación en el cuidado y educación de sus hijos. Hay muchos cristianos laicos en cantidad de asociaciones de todo tipo: de padres, de

familia, de voluntariado, a favor de los inmigrantes, de los gitanos, de formación para el empleo de personas con fracaso escolar, de presos, de atención a las toxicomanías...» (Carlos García de Andoin en el *Congreso del laicado cristiano de Aragón*, 2004).

Además de esta presencia difusa, los cristianos, también hemos de estar presentes y activos a través de una presencia militante, tanto en organizaciones promovidas por la propia sociedad (asociaciones de vecinos, de padres, culturales, etc.), actuando en ellas “cristianamente”, es decir, en conformidad con los valores del Evangelio, como en las impulsadas por la propia Iglesia, como Cáritas, Manos Unidas, Justicia y Paz, etc. Así de amplio es el campo que se abre para la presencia de los cristianos en el ámbito público.

Por todo ello, hoy concluiremos la oración con esta canción, que nos impulsa a ser “pueblo de Dios en salida”:

Nos envías por el mundo
a anunciar la Buena Nueva. (bis)
Mil antorchas encendidas
y una nueva primavera. (bis)

Si la sal se vuelve sosa,
¿quién podrá salar el mundo? (bis)
Nuestra vida es levadura,
nuestro amor será fecundo. (bis)

La vela, en el candelero

Siendo siempre tus testigos
cumpliremos el destino. (bis)
Sembraremos de esperanza
y alegría los caminos. (bis)

Cuanto soy y cuanto tengo,
la ilusión y el desaliento. (bis)
Yo te ofrezco mi semilla,
y Tú pones el fermento. (bis)

Para la reflexión personal o en grupo

- ❖ ¿Qué me sugieren las imágenes de la lámpara y la ciudad en lo alto del monte aplicadas a mi vida cristiana? ¿Soy luz y sal?
- ❖ ¿Vivo la fe como un asunto personal e íntimo o siento la necesidad de que, además, mis actuaciones sociales estén impregnadas por los valores del Evangelio?
- ❖ ¿En qué ámbitos de la vida pública debo estar más activo como cristiano?

Guía para orar durante la Cuaresma

Para la cuarta semana

Del 14 al 20 de marzo

Lecturas bíblicas para esta semana

El cristiano vive de manera *diferente* todas las facetas de su vida: familia, trabajo, ocio y tiempo libre, relación los demás etc.

Teniendo en cuenta lo dicho en la reflexión de esta semana, podríamos ir leyendo los capítulos 5, 6 y 7 del Evangelio de San Mateo, que resumen la “novedad” del vivir cristiano.

Palabras para orar

Cada mañana sales al balcón
y oteas el horizonte
por ver si vuelvo.

Cada mañana bajas saltando las escaleras
y echas a correr por el campo
cuando me adivinas a lo lejos.

Cada mañana me cortas la palabra,
te abalanzas sobre mí
y me rodeas con un abrazo redondo
el cuerpo entero.

Cada mañana contratas la banda de músicos
y organizas una fiesta para mí
por el ancho mundo.

Cada mañana me dices al oído
con voz de primavera:
“Hoy puedes empezar de cero”.

Patxi Loidi

Para la quinta semana

Del 21 al 27 de marzo

Lecturas bíblicas para esta semana

Domingo, 21 de marzo: Juan 20, 19-23.
Lunes, 22 de marzo: Mateo, 2, 1-12.
Martes, 23 de marzo: Mateo 4,23-25.
Miércoles, 24 de marzo: Mateo 15, 29-39.
Jueves, 25 de marzo: Lucas 9, 28-36.
Viernes, 26 de marzo: Marcos 1, 21-39.
Sábado, 27 de marzo: Lucas 8, 40-56.

Palabras para orar

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!»!

¡Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

Lope de Vega